

EL SISTEMA DE MAQUINARIA Y LAS DETERMINACIONES DE LA SUBJETIVIDAD REVOLUCIONARIA EN LOS *GRUNDRISSE* Y *EL CAPITAL*¹

Guido Starosta (Centro para la Investigación como Crítica Práctica y Universidad Nacional de Quilmes)

1. Introducción

El presente artículo propone una lectura de la exposición hecha por Marx acerca de las formas de la subsunción real del trabajo al capital – en particular, del sistema de maquinaria propio de la gran industria–, en términos de la presentación dialéctica de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria. La afirmación de que la subsunción real constituye el fundamento de la subjetividad revolucionaria no debería resultar sorprendente. En realidad, esto no es más que la concretización de la comprensión de las determinaciones más generales del proceso de “historia natural” que constituye el desarrollo de la humanidad, expuesto por Marx en los Manuscritos de París de 1844. De acuerdo con aquel texto temprano, el contenido de la historia de la especie humana consiste en el desarrollo de las potencias materiales específicas del ser humano como sujeto trabajador, esto es, de la *subjetividad productiva humana*. Marx concluye que es en la transformación histórica de las formas materiales y sociales de ésta donde debería residir la clave de la abolición del capital –y, por ende, la clave de la subjetividad revolucionaria. Sin embargo, aquel intento temprano de hacer la crítica de la economía política no podía ofrecer una comprensión científica rigurosa de las determinaciones sociales que subyacen a la transformación revolucionaria de la sociedad. Ciertamente, Marx logró descubrir *analíticamente* al trabajo enajenado como la base *social* oculta tras la objetividad cosificada de las formas económicas capitalistas. A su vez, en aquellos escritos tempranos descubrió analíticamente la especificidad del ser genérico humano (esto es, la subjetividad

¹ Traducido por Luisa Iñigo. Una versión más breve de este artículo apareció en la revista *Science & Society*.

productiva humana) como el contenido *material* que se desarrolla históricamente en aquella forma enajenada. No obstante, aunque estos descubrimientos le permitieron asir la determinación (humana) *más simple* detrás del contenido y la forma de la abolición del trabajo enajenado, puede sostenerse que no logró desplegar *sintéticamente* las mediaciones ulteriores que la constitución material y social del sujeto revolucionario supone (Starosta, 2005).

La necesidad teórico-práctica de un desarrollo dialéctico ulterior de la crítica de la economía política, que llevaría finalmente a Marx a escribir *El Capital*, expresa lo siguiente: que el fundamento inmanente de la subjetividad revolucionaria no es simple e inmediato; como lo sería, por ejemplo, la pura materialidad general de la práctica productiva humana como contenido negado detrás de la objetividad enajenada de las formas sociales capitalistas². Por el contrario, es una “unidad de múltiples determinaciones”, lo cual implica que su comprensión científica sólo puede ser el resultado de una compleja investigación dialéctica que involucre tanto el movimiento analítico desde lo concreto a lo abstracto como el regreso sintético, mediado, hacia el punto de partida concreto (Iñigo Carrera, 2008). El proceso de *investigación* dialéctica debe, en consecuencia, aprehender todas las formas sociales relevantes y reproducir sintéticamente las ‘conexiones internas’ que conducen a la constitución de la acción política de los trabajadores como la forma que toma la transformación revolucionaria de la forma histórica de existir del proceso de vida humana.

Ahora bien, como denota el título de la más importante obra de Marx, el sujeto cuyas determinaciones el investigador dialéctico procede a descubrir y presentar es el *capital*, el cual, como sujeto enajenado de la vida social se convierte en ‘la potencia económica, que lo domina todo, de la sociedad burguesa’ y debe, por lo tanto, ‘constituir el punto de partida y el punto de llegada’ de la reproducción ideal de lo concreto (Marx, 1989a: 28). Esto no deja a la subjetividad revolucionaria por fuera del alcance del despliegue dialéctico de las formas sociales capitalistas. Más bien, significa que la subjetividad revolucionaria misma debe ser comprendida como la realización de una determinación inmanente del

² Como sostiene el llamado ‘Marxismo abierto’. Véase Bonefeld *et al.*, 1992.

capital como sujeto enajenado³. En consecuencia, su presentación dialéctica debe consistir esencialmente en el despliegue sintético del movimiento contradictorio entre la materialidad y la forma capital hasta su límite absoluto, que muestra a la acción de auto-abolición del proletariado como la forma necesaria en que dicho contenido se afirma.⁴

Fue fundamentalmente en *El Capital* (pero, crucialmente, también en los *Grundrisse*), sobre todo a través de la exposición de las determinaciones de las diversas formas de producción de plusvalía relativa (y, por tanto, de la subsunción real del trabajo al capital), que Marx logró concretizar la dialéctica sistemática del trabajo enajenado. Lo logró al mostrar precisamente lo que la forma capital le hace a la materialidad de la subjetividad productiva humana en cuanto toma posesión del proceso de trabajo y lo transforma. Vista externamente, la cuestión concreta implícita a ser investigada era la siguiente: el capital, ¿transforma a la subjetividad productiva humana de manera tal de investirla finalmente con las potencias materiales necesarias para trascender su forma enajenada de desarrollo? Desde este punto de vista materialista, sólo en tal caso tendría sentido plantear la pregunta por la acción revolucionaria consciente como potencialidad objetiva concreta inmanente en la sociedad capitalista (Marx, 1989a: 87). En otras

³ Este punto fue agudamente sugerido en la década de 1970 por Giacomo Marramao en su apreciación crítica de la polémica entre las posiciones más subjetivistas de Korsch y los Comunistas de Izquierda holandeses (Pannekoek, Gorter) y el objetivismo de los defensores de la teoría del derrumbe capitalista (Mattick, Grossman). Ver Marramao, 1975/6: 152-5; 1982: 139-43. Al menos formalmente, Marramao puso correctamente de relieve la necesidad de fundar la génesis de la conciencia de clase “en términos del proceso de producción y reproducción”, es decir, dentro de la “objetividad de las relaciones sociales” y su auto-movimiento (autonomizado). En otras palabras, Marramao veía claramente la necesidad de establecer una firme conexión entre la crítica de la economía política y la “teoría de la revolución”. Más recientemente, la necesidad de encontrar el fundamento inmanente de la subjetividad emancipadora en el despliegue contradictorio de las formas cosificadas que asume la mediación social en la sociedad capitalista ha sido enfáticamente señalada por Postone (1996), si bien su enfoque no está exento de puntos débiles. Ver, al respecto, Starosta, 2004.

⁴ Para una elaboración de las bases metodológicas de este punto, véase Iñigo Carrera, 2008.

palabras, el punto señalado por Marx era la necesidad de descubrir las determinaciones materiales de la sociedad comunista bajo su forma de existencia presente como una *potencia enajenada* engendrada por el movimiento autonomizado de la forma-capital, a ser realizada –esto es, a ser convertida en forma *actual*– precisa y necesariamente mediante la acción revolucionaria consciente del proletariado en su proceso de auto-abolición.

Estas determinaciones aparecen dispersas y son sólo mencionadas al pasar en varios de los textos de Marx. Todas ellas caracterizan a la cualidad específica más simple del comunismo como la organización plenamente consciente del trabajo social como potencia colectiva por los productores así libremente asociados. Es en los *Grundrisse*, en el contexto de la crítica a la concepción de Adam Smith del trabajo como sacrificio donde Marx ofrece la más clara y concisa caracterización de los atributos generales de lo que llama “trabajo realmente libre”.

El trabajo de la producción material sólo puede adquirir este carácter [como “trabajo realmente libre”, GS] 1) si está puesto su carácter social, 2) si es de índole científica, a la vez que trabajo general, no esfuerzo del hombre en cuanto fuerza natural adiestrada de determinada manera, sino como sujeto que se presenta en el proceso de producción, no bajo una forma meramente natural, espontánea, sino como actividad que regula todas las fuerzas de la naturaleza (Marx, 1989b: 120).

El aspecto interesante e ‘intrigante’ de este pasaje es que Marx no sólo alega que para ser realmente libre el trabajo debe convertirse en una actividad conscientemente organizada, directamente social, sino también que la consciencia que regule tal actividad productiva emancipada debe ser de un carácter *general* y *científico*. Como veremos más adelante, este último atributo, raramente mencionado por Marx en otras ocasiones⁵, demostrará ser de suma importancia para nuestra

⁵ Véase, sin embargo, las observaciones de Marx en los *Manuscritos de París* acerca de la necesidad de la constitución de una “ciencia natural del hombre” o “ciencia natural humana” como base de la práctica humana emancipada (Marx,

comprensión de las determinaciones concretas de la subjetividad revolucionaria; una tarea que Marx mismo realizó, aunque no sin tensiones y ambigüedades. A esta altura, me gustaría simplemente reformular la pregunta acerca de la relación entre el capital y la subjetividad productiva planteada más arriba a la luz de aquel pasaje de los *Grundrisse*. El desarrollo del capital, ¿transforma la subjetividad productiva humana de manera tal de engendrar la necesidad de producir

1985: 152). La cita de los *Grundrisse* de más arriba plantea además el siguiente interrogante. La producción material realmente libre no es caracterizada solamente como de índole científico sino “a la vez” como “*trabajo general*”. Surge entonces la cuestión del significado de esa expresión en el texto de 1857-8. Al respecto, es interesante notar que en el Tomo III de *El Capital*, con el objeto de subrayar su especificidad frente al trabajo simplemente cooperativo, Marx sostiene que el trabajo científico es, por definición, trabajo general. Ver Marx, 1997a: 128. Es decir, trabajo general y trabajo científico están identificados inmediatamente, son tomados como sinónimos. Si bien no está discutido explícitamente en *El Capital*, esa identificación entre trabajo científico y general puede leerse como apuntando al primero como la expresión plena de las potencias del ser genérico humano. “General” en este contexto refiere entonces al trabajo humano que es inmediatamente forma de existencia acabada de la determinación del *género* (en la terminología idealista de Hegel, “acorde a su concepto”). En efecto, tal como plantea Marx en los *Manuscritos de 1844*, el carácter genérico del ser humano está dado por la forma *consciente* de su actividad vital. Luego, un trabajo eminentemente intelectual y realizado por una conciencia objetiva (y por ello científica), expresaría plenamente su determinación genérica y sería, como tal, “general”. No es autoevidente, sin embargo, que Marx tuviera esa connotación del término en la cabeza en el pasaje de los *Grundrisse* en cuestión, sobre todo considerando que la expresión alemana utilizada (“*allgemeine Arbeit*”) aparece en otros contextos con un significado distinto. Por ejemplo, como significando *universalidad*, en el sentido que precisamente se destaca en este artículo, a saber: como una subjetividad productiva con la potencialidad material de particularizarse en cualquier forma concreta de apropiación de las fuerzas naturales. Así y todo, estos dos significados no serían inconsistentes, lo que avalaría la hipótesis de lectura propuesta aquí. Al contrario, como señala Marx en los *Manuscritos de 1844*, precisamente por su carácter de género, y a diferencia de las especies animales, el individuo humano es un ser vivo universal, “en tanto hace de la naturaleza toda su cuerpo inorgánico”. Ver Marx, 1985: 110.

a esta última con los dos atributos generales mencionados por Marx? Más aún, ¿es la clase trabajadora el sujeto que los porta?

En este capítulo, entonces, discuto el modo en que Marx, mediante la exposición dialéctica del movimiento contradictorio de la subsunción real, presentó en realidad la génesis del sujeto revolucionario. El argumento es desarrollado primeramente a través de una atenta lectura de la discusión de Marx acerca de las determinaciones de la gran industria en *El Capital*, en cuanto esta última constituye la forma más desarrollada de la subsunción real. La esencia de esta transformación capitalista del proceso de producción de la vida humana consiste en la transformación de los atributos productivos del trabajador colectivo según una tendencia determinada: los órganos individuales de éste finalmente se transforman en *sujetos productivos universales*. Ésta es la determinación material interna que subyace a la subjetividad revolucionaria *política* del proletariado. Sin embargo, postulo que la exposición dialéctica de esas transformaciones que Marx hace en *El Capital* se encuentra en cierto sentido trunca y no despliega la plenitud de las determinaciones materiales que subyacen a la existencia revolucionaria de la clase obrera. Esta última aparece presentada sólo como una posibilidad abstracta. Por lo tanto, subsiste una brecha entre la “dialéctica del trabajo humano enajenado” desplegada en los capítulos referidos al plusvalor relativo en *El Capital*, por un lado, y las conclusiones revolucionarias expuestas al final del Tomo I, en el acápite acerca de “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”, por otro. El artículo finalmente sugiere que el llamado “Fragmento sobre la maquinaria” de los *Grundrisse* constituye una perspectiva diferente pero complementaria sobre la subjetividad productiva característica de la gran industria. Mediante una lectura cuidadosa de los pasajes relevantes de aquella versión temprana de la crítica de la economía política, es posible emprender la tarea de completar el despliegue sistemático de las determinaciones materiales y sociales de la subjetividad revolucionaria.

2. La gran industria y la subjetividad productiva de los trabajadores en *El Capital*

El hilo conductor que atraviesa la exposición que Marx hace de las formas concretas de producción de plusvalía relativa se halla en las

revoluciones a las que el capital somete a la subjetividad productiva del trabajador doblemente libre como medio para la multiplicación de su capacidad de autovalorizarse. Sin embargo, no es allí que comienza la presentación que hace de las determinaciones de la gran industria. La razón deriva del punto de partida mismo de la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de maquinaria que caracteriza a la gran industria. Como resalta Marx, si en la manufactura el punto de partida de la transformación de las condiciones materiales del trabajo social era la subjetividad productiva como tal (estando la transformación del instrumento de trabajo, bajo la forma de la especialización, determinada como un resultado de la anterior), en la gran industria la transformación del instrumento de trabajo constituye el punto de partida, mientras que la transformación del asalariado es el resultado (Marx, 1999a: 451).

Marx presenta la esencia de esta transformación del proceso de trabajo humano mediante el desarrollo de la materialidad específica de la maquinaria, en particular en relación con el proceso de trabajo en la manufactura. En realidad, la determinación más simple de esa diferencia ya había sido anticipada por Marx en la transición contenida en el capítulo previo de *El Capital*, en que se exponía la necesidad del desarrollo de la maquinaria. Me refiero a la necesidad del capital de deshacerse de la base subjetiva de la manufactura mediante el desarrollo de un “marco objetivo” de la producción material, independiente de la pericia manual y del conocimiento práctico inmediato de los trabajadores. En síntesis, consiste en dar una forma objetiva a las potencias del trabajo social que brotan de la cooperación productiva directa (Marx, 1999a: 448-9).

Los dos aspectos de la especificidad material de la maquinaria brotan, en consecuencia, de la objetivación tanto del conocimiento como de las habilidades manuales y la fuerza física del trabajador de la manufactura, más allá de cuán restringidos éstos pudieran ser. Por un lado, el capital se esfuerza por sustituir el movimiento de la mano humana como agente inmediato en la transformación del objeto de trabajo en un nuevo valor de uso por las fuerzas de la naturaleza. Por otro, intenta desplazar la experiencia subjetiva inmediata del trabajador de la base de la regulación consciente del proceso de trabajo, esto es, de la base del conocimiento de las determinaciones de éste. Esto implica, en primer lugar, la necesidad de convertir la producción de dicho

conocimiento en una actividad que, aunque manteniéndose claramente como un momento interno a la organización del trabajo social, adquiera una existencia diferenciada de la inmediatez del proceso directo de producción. Junto con la necesidad de objetivarlo como una potencia productiva portada directamente por el “trabajo muerto” representado en la máquina, ese conocimiento debe necesariamente tomar la forma general de *ciencia* (Marx, 1999a: 469). El capital avanza, por primera vez en la (pre)historia humana, en la generalización de la implementación de la ciencia como una potencia inmediata del proceso directo de producción (Marx, 1982: 191). Nótese, sin embargo, que a esta altura de la exposición el conocimiento científico no aparece directamente como una actividad productiva sino sólo como ya objetivado bajo la forma de la máquina, y por lo tanto como algo que la existencia de ésta presupone.

Hasta aquí, estos son los aspectos fundamentales de la exposición de Marx acerca de la especificidad *material* del proceso de producción de capital basado en el sistema de maquinaria, es decir, de las transformaciones que atraviesa en su carácter de proceso de producción de valores de uso. Sin embargo, el proceso de producción de capital es tal por constituir la unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización. Por consiguiente, la presentación de Marx prosigue a desarrollar el impacto específico del sistema de maquinaria sobre las condiciones para la auto-expansión del valor, sobre las *determinaciones formales* del proceso de producción de capital (Marx, 1999a: 470-480). Con esto, la presentación de Marx agota las determinaciones novedosas que el sistema de maquinaria trae consigo en el proceso de producción en cuanto pertenecen a su “factor objetivo”. Lo que sigue necesariamente, entonces, es la investigación del impacto de estas transformaciones sobre el “factor subjetivo” del proceso de trabajo, esto es, sobre el trabajador.

En el tercer acápite del capítulo sobre la gran industria, Marx presenta inicialmente algo a lo que simplemente se refiere como “algunas repercusiones generales” del sistema de maquinaria sobre el trabajador, esto es, los cambios que pueden ser discutidos sin desarrollar la forma específica en que “a este organismo objetivo se incorpora material humano” (Marx, 1999a: 480). En otras palabras, se trata de los efectos cuyo desarrollo no involucra determinaciones *cualitativas* nuevas en la subjetividad productiva de los trabajadores. Más

bien, dichos efectos refieren a los cambios *cuantitativos* a los que da lugar la maquinaria en el proceso de valorización del capital como proceso de explotación del trabajo vivo. Éstos incluyen: la extensión cuantitativa de la masa de fuerza de trabajo explotable mediante la incorporación del trabajo femenino e infantil; la tendencia a la prolongación de la jornada laboral; y la tendencia al incremento de la magnitud intensiva de la explotación del trabajo humano.

No es hasta el acápite 4 que Marx, a través de la presentación del funcionamiento de “la fábrica en su conjunto”, comienza a desplegar las determinaciones *cualitativas* de la subjetividad productiva propia de la gran industria. La discusión de un pasaje de Ure sirve a Marx sucintamente para identificar las determinaciones más generales de la fábrica como aquella esfera de la sociedad capitalista en que tiene lugar la regulación consciente de un proceso de producción inmediatamente social. Una regulación consciente, sin embargo, que está determinada como forma concreta de la *regulación social general invertida* como atributo de la relación social materializada en su proceso de auto-expansión. En la fábrica – y este es el punto que la definición de Ure pasa por alto – esta existencia social invertida alcanza un grado ulterior en su desarrollo al adquirir una “realidad técnicamente tangible” (Marx, 1999a: 516).

Así, la regulación consciente científica del trabajo social que caracteriza a la gran industria no es un atributo portado por los trabajadores que realizan el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos, esas potencias existen ya objetivadas en el sistema de maquinaria, a cuyo movimiento automático deben subordinar el ejercicio de su conciencia y su voluntad productivas, al punto de convertirse en “sus apéndices vivientes” (Marx, 1999a: 515). La gran industria, en consecuencia, conlleva un desarrollo científico enorme de las “facultades intelectuales del proceso de producción” sólo mediante la exacerbación de su separación con respecto a los trabajadores directos. Bajo su modo de existencia como sistema de maquinaria, el producto del trabajo llega a dominar al trabajo en el proceso productivo directo no sólo formalmente, sino incluso materialmente. El capital, así, aparece frente a esos trabajadores como el *sujeto material concreto* del proceso de producción mismo.

Con todos estos elementos, ahora podemos pasar a resumir la determinación específica de la subjetividad productiva del trabajador de la gran industria. Al deshacerse (*tendencialmente*) de la necesidad de toda habilidad y conocimiento especializados de los trabajadores, la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de maquinaria otorga al desarrollo de su subjetividad productiva la forma concreta de una *degradación absoluta*. De este modo brutal, y en oposición al *particularismo* de la subjetividad del trabajador asalariado de la manufactura, la gran industria engendra, como su genuino producto, un *trabajador universal*, esto es, un sujeto productivo capaz de participar de cualquier forma que asuma el proceso de trabajo humano. En palabras de Marx,

Por eso, en lugar de la *jerarquía* de los obreros especializados, característica de esa división del trabajo, aparece en la fábrica automática la *tendencia a la equiparación o nivelación de los trabajos* que deben ejecutar los auxiliares de la maquinaria; en lugar de las diferencias, generadas artificialmente, entre los obreros parciales, vemos que predominan las distinciones naturales del sexo y la edad (Marx, 1999a: 512, énfasis agregado).

Con esta tendencia a la eliminación de toda pericia particular en los operarios de las máquinas, desaparece la necesidad material o técnica simple de fijar de por vida a los individuos a una función productiva singular (Marx, 1999a: 513). Sin embargo, en la medida en que las máquinas resultan especializadas en ciertas funciones productivas particulares, la existencia de la división del trabajo en la fábrica es aún técnicamente *posible*. De hecho, argumenta Marx, la relación de explotación entre capitalistas y trabajadores que media en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales del trabajo social como un atributo enajenado en su producto lleva a la reproducción de la “vieja división del trabajo” bajo una forma todavía más repulsiva (Marx, 1999a: 515). La tendencia de la gran industria a producir un trabajador crecientemente universal se realiza, así, bajo la forma concreta de su negación, esto es, multiplicando los espacios para la explotación del trabajo vivo sobre la base de una exacerbación de las “particularidades osificadas”. Así, al capitalista individual nada le importa la desaparición de la necesidad

técnica de un desarrollo particularista de la subjetividad productiva del trabajador. Bajo la presión de la competencia, su única motivación individual es la producción de plusvalía extraordinaria. Si puede obtenerla mediante la fijación del trabajador a la “especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial” (Marx, 1999a: 515), así lo hará. En efecto, la reproducción de la división del trabajo bajo las nuevas condiciones técnicas implica que puede pagarse un valor más bajo por la fuerza de trabajo, ya que se “reducen considerablemente los costos necesarios para la reproducción del obrero”. Adicionalmente, implica una mayor docilidad de parte del material humano explotable, puesto que “se consume su desvalida dependencia respecto al conjunto fabril; respecto al capitalista, pues” (Marx, 1999a: 515).

Llegados a este punto, resulta crucial ser claros en cuanto a este movimiento contradictorio entre universalidad y particularidad de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Parafraseando a Marx, aquí, como siempre, debemos distinguir entre la tendencia general de la acumulación del capital y las formas concretas en que se realiza la esencia del movimiento histórico. *Así, la determinación esencial que, como veremos, expresa la razón de ser del modo de producción capitalista, consiste en la tendencia a universalizar los atributos de los asalariados.* Este es el movimiento general de la producción de plusvalía relativa que subyace –y, por ende, da unidad– a las variadas formas que el proceso de trabajo presenta en el curso del desarrollo capitalista. Para fundamentar esto, avancemos en nuestra lectura de la investigación de Marx sobre la gran industria hasta el punto de *El Capital* en que despliega ulteriormente el movimiento de la contradicción identificada, esto es, hasta la discusión de la legislación fabril que hace a continuación, en el acápite 9 de este mismo capítulo.⁶

⁶ En mi opinión, la presentación de Marx no es del todo clara y consistente en la distinción entre la determinación esencial (y, por lo tanto, la tendencia general) y la forma concreta en que ésta se realiza. Esta falta de claridad probablemente se deba a la incómoda coexistencia de los momentos sistemático e histórico en la exposición. Así, primero presenta la determinación general de la subjetividad productiva de la gran industria (esto es, su universalidad) “en su pureza”, sin implicar necesariamente que ésta se haya realizado plenamente en sus formas históricas concretas. Sin embargo, en las ilustraciones empíricas que siguen,

El punto crítico para nuestro planteo es que el acápite 9 completa (en lo que concierne a *El Capital*) el desarrollo de las determinaciones específicas de la subjetividad productiva de la gran industria. En efecto, la exposición de Marx en el acápite 4 había dejado a la presentación dialéctica con una contradicción irresuelta entre la tendencia general de la gran industria a la universalidad y la exacerbación del particularismo de la división del trabajo que, librada a la voluntad irrestricta de los capitalistas individuales, ella permitía. Adicionalmente, veremos cómo esta discusión lleva a Marx, por primera vez en su exposición dialéctica, a develar las potencialidades históricas revolucionarias portadas por esta forma específicamente capitalista de la fuerza humana de trabajo.

parece presentar la determinación general como si se tratara de una realidad inmediata. En consecuencia, plantea la persistencia del desarrollo particularista de la subjetividad productiva como reproducida “artificialmente” por la imposición de la división del trabajo cuando su necesidad técnica en realidad ha desaparecido. Véase Marx, 1999a: 514-15, donde resalta que la insignificancia de las habilidades adquiridas en el puesto que se requieren para el trabajo en la máquina ha eliminado la necesidad de formar un tipo especial de trabajador y que la fijación del trabajador a una única máquina especializada representa una “utilización abusiva” de esta última. Si éste puede haber sido, en mayor o menor medida, el caso en las industrias particulares sobre las que discute, no era en modo alguno la situación general de la gran industria en su tiempo. La tendencia general hacia una subjetividad productiva universal se realiza sólo *gradualmente* en el curso histórico del desarrollo capitalista. En este sentido, la necesidad técnica de atributos particularistas de la fuerza de trabajo no es abolida de la noche a la mañana. Sin duda, el desarrollo histórico de la gran industria registra una tendencia a la degradación del conocimiento basado en la experiencia (“tácito”) de las determinaciones del proceso de trabajo. Sin embargo, el progreso de la automatización capitalista ha involucrado, hasta el presente, la regeneración de la necesidad técnica de cierto (si bien cada vez más limitado) desarrollo particularista de la subjetividad productiva. Así, aun durante el ciclo de acumulación llamado “fordista”, el dominio pleno de las máquinas requería un proceso relativamente largo de aprendizaje, consistente en acompañar a un operador calificado. Sólo con la ola más reciente de automatización basada en la computación es que las habilidades particularistas o basadas en la experiencia han perdido significativamente su centralidad previa (sin, sin embargo, desaparecer completamente). Acerca de estas transformaciones recientes del proceso de trabajo, ver Balconi, 2002.

El movimiento de “la contradicción entre la división manufacturera del trabajo y la esencia de la gran industria” (Marx, 1999a: 590) adquiere una primera expresión en el establecimiento de la educación elemental obligatoria para los niños trabajadores. Como señala Marx, la explotación desenfrenada de trabajo infantil por los capitales individuales condujo no sólo al “deterioro físico de niños y adolescentes” (Marx, 1999a: 484), sino también a una devastación intelectual producida artificialmente, que transformaba a “personas que no han alcanzado la madurez en meras máquinas de fabricar plusvalor” (Marx, 1999a: 487). Puesto que “debe distinguirse entre esto y el estado de ignorancia natural” (Marx, 1999a: 487), estos excesos de la explotación capitalista de la fuerza de trabajo infantil eventualmente repercutieron sobre la capacidad de valorización misma del capital social total, al poner en peligro la existencia de la futura generación de trabajadores adultos en las “condiciones materiales y morales” requeridas por la propia acumulación de capital. Esto es ilustrado por Marx mediante la discusión del caso de la industria de la imprenta de tipos, que, antes de la introducción de la máquina de imprimir, se organizaba a partir de un sistema de aprendizaje en el cual los trabajadores “recorrían un curso de aprendizaje hasta convertirse en impresores hechos y derechos” y de acuerdo con el cual “saber leer y escribir era para todos un requisito del oficio” (Marx, 1999a: 590). Con la introducción de las máquinas de imprimir, sin embargo, los capitalistas pudieron contratar niños de 11 a 17 años de edad, quienes en gran parte “no saben leer” y “por regla general son criaturas extremadamente salvajes y anormales” (Marx, 1999a: 590). Estos jóvenes trabajadores se encontraban anexados a las más simples tareas por largas horas día tras día hasta ser despedidos de la imprenta por ser “demasiado veteranos para ese trabajo pueril” (Marx, 1999a: 591). Aquellos trabajadores de, para entonces, diecisiete años, se encontraban en un estado de tal degradación intelectual y física que no eran aptos para brindar al capital los miserablemente restringidos atributos productivos con los que requería a su fuente inmediata de plusvalía relativa, esto es, de fuerza humana de trabajo, *aun en la misma fábrica*.

Las cláusulas educacionales de la legislación fabril no solamente permiten a Marx disipar toda duda acerca de la “vocación universal” del capital en su transformación de la subjetividad productiva humana. También sirven para subrayar, por primera vez en toda su exposición,

que *sólo* el desarrollo de esa forma específica de la subjetividad productiva humana expresa el movimiento histórico del capital en la producción de las potencias materiales de su propia superación como relación social general que regula la vida humana.

Del sistema fabril, como podemos ver en detalle en la obra de Robert Owen, brota el germen de la educación del futuro, que combinará para todos los niños, a partir de cierta edad, el trabajo productivo con la educación y la gimnasia, no sólo como método de acrecentar la producción social, sino como único método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética (Marx, 1999a: 589).

Nótese, sin embargo, que Marx deja en claro que las cláusulas educacionales representan el *germen* –y sólo el germen– de la “educación del futuro”. Para ponerlo en otros términos, la discusión que Marx da apunta a mostrar *tanto* que las formas sociales del futuro se encuentran efectivamente portadas como potencialidad por la subjetividad productiva de la gran industria que se está considerando *como* que, dadas las determinaciones desplegadas hasta el momento, dicha potencialidad no es aún inmediata. Por el contrario, en su “mezquindad”, las cláusulas educacionales revelan que estas determinaciones están lejos de constituir un “método para la producción de hombres desarrollados de manera omnifacética”. Más bien, son formas de afirmar individuos cuya subjetividad productiva se encuentra todavía atrapada en las formas miserables que la reproducción de las condiciones de la valorización del capital impone. Se requiere aún de otras transformaciones materiales para mediar el desarrollo de esos elementos germinales hasta su plenitud.

La necesidad del capital social total de producir trabajadores universales no se agota en los obstáculos a su valorización planteados por la división del trabajo al interior del taller. Como destaca Marx, “lo que es válido para la división manufacturera del trabajo dentro del taller, también lo es para la división del trabajo en el marco de la sociedad” (Marx, 1999a: 591). En efecto, en la medida en que la base técnica de la gran industria es esencialmente revolucionaria, conlleva la transformación permanente de las condiciones materiales del trabajo

social y, en consecuencia, de las formas del ejercicio de la subjetividad productiva de los trabajadores individuales y de su articulación como un cuerpo productivo directamente colectivo (Marx, 1999a: 593). Este cambio técnico continuo requiere, así, individuos que puedan trabajar en las siempre renovadas formas materiales de la producción de plusvalor relativo. “La naturaleza de la gran industria, por ende”, concluye Marx, “implica el cambio del trabajo, la fluidez de la función, la movilidad omnifacética del obrero” (Marx, 1999a: 593). Sin embargo, también señala nuevamente cómo la organización de la producción social niega la realización inmediata de esta tendencia a un desarrollo omnifacético de los individuos.⁷ La fragmentación privada del trabajo social y su mediación social cosificada a través de la forma capital, permite la producción de “la vieja división del trabajo con sus particularidades petrificadas” (Marx, 1999a: 593). Así, da a la imposición del cambio de trabajo la forma de una “ley natural avasalladora y con el efecto ciegameamente destructivo de una ley natural que por todas partes topa con obstáculos” (Marx, 1999a: 593). De esta forma contradictoria, la realización de la tendencia de la gran industria a producir trabajadores universales avanza de todos modos, revelando también que es en el desarrollo pleno de esta determinación que esta forma social enajenada encuentra su *propio límite absoluto* (Marx, 1999a: 593). Revelando, en otras palabras, que es en el carácter universal plenamente desplegado de la subjetividad productiva humana que reposa la *base material* de una nueva sociedad.

...la gran industria, precisamente por sus mismas catástrofes, convierte en cuestión de vida o muerte la necesidad de reconocer como ley social general de la producción el cambio de los trabajos y por tanto la mayor multilateralidad posible de los obreros, obligando, al mismo tiempo, a que las circunstancias se adapten a la aplicación normal de dicha ley ... [se debe] reemplazar al individuo parcial, al mero portador de una función social de detalle, por el individuo totalmente desarrollado, para el cual las

⁷ Véase las sugerentes reflexiones de Bellofiore, 1998, a este respecto.

diversas funciones sociales son modos alternativos de ponerse en actividad (Marx, 1999a: 594).

Con esta discusión, Marx desarrolla el modo en que las necesidades generales de la reproducción del capital total social –en este caso, el hecho de que los trabajadores porten una subjetividad productiva universal– choca con su realización concreta a través de las acciones privadas de los capitales individuales (quienes actúan en pos de la perpetuación y la exacerbación del desarrollo particularista de la subjetividad productiva). Lo que es más, puede verse cómo esta contradicción se mueve a través de la determinación de la clase obrera como personificación de las necesidades mediatas de la valorización del capital, proveyendo así este último las bases materiales y sociales del poder político proletario.⁸ Así, los trabajadores tienen que “confederar

⁸ Con “necesidades mediatas” me refiero a aquéllas que son un momento de la producción de plusvalía relativa pero que resultan antitéticas con la más simple (y, por ende, inmediata) necesidad del valor que se valoriza de incrementar su magnitud por cualquier medio, personificada por los capitales individuales. La discusión de este punto esencial como es debido excede los alcances del presente artículo. Pero pienso que esta discusión ilustra la manera en que Marx ve la conexión sistemática entre la acumulación de capital y la lucha de clases. Específicamente, Marx presenta la lucha de clases como la relación social *directa* más general, a través de la cual se afirman las relaciones *indirectas* de la producción capitalista. Sobre este punto, véase Iñigo Carrera, 2008: 5-6. Mientras esto significa, ciertamente, que el antagonismo de clase es una realidad endémica de la producción capitalista, también significa que no es el contenido en automovimiento detrás del desarrollo de ésta (como se plantea, por ejemplo, en Bonefeld, 1995). Es más, su simple existencia como tal tampoco expresa inmediatamente la emergencia de un principio antagónico de organización de la vida social distinto de la valorización del capital, principio que sería, a su vez, encarnado por la clase obrera (como en el así llamado abordaje “marxista autonomista”; véase Cleaver, 1992, y De Angelis, 1995). En cambio, el lugar sistemático de la lucha de clases como forma social muestra que la producción de plusvalía relativa es una potencialidad del movimiento enajenado del trabajo social *en su unidad*. En otras palabras, la exposición de Marx acerca de la forma social de la lucha de clases evidencia que el sujeto concreto del proceso de valorización – y, por ende, del movimiento de la reproducción social enajenada – es el *capital social total*. Ver Starosta, 2005: cap. 5. Esto no implica negar las potencias transformadoras de la práctica humana que los trabajadores

sus cabezas” nuevamente y, mediante su lucha como clase, forzar al estado capitalista a establecer “la educación elemental como condición obligatoria del trabajo” (Marx, 1999a: 588). Pero, ¿qué es la educación elemental sino un – muy básico, por cierto – paso en la formación de los futuros *trabajadores universales*? Esto es, en el desarrollo de atributos productivos que pertrecha al trabajador para trabajar no en este o aquel aspecto particular del proceso de trabajo inmediatamente social del trabajador colectivo de la gran industria, sino en cualquier tarea que el capital requiera de él.⁹

La necesidad que el capital social tiene por trabajadores universales provee, así, otra base material de la fuerza política de la clase obrera en su confrontación con la clase capitalista en torno a las condiciones de su reproducción social. En esta primera expresión de aquella relación entre la gran industria y el poder de los trabajadores representada por legislación fabril, la lucha de clases no parece trascender su determinación más general como forma de la compraventa de la mercancía fuerza de trabajo por su valor, que Marx despliega en el capítulo 8 sobre “La jornada de trabajo”.¹⁰ Sin embargo, Marx presenta la afirmación de que, una vez desarrollada concretamente, dicha tendencia hacia una subjetividad productiva universal eventualmente otorgará a la lucha de clases potencias transformadoras expandidas; específicamente,

personifican. Lo que implica es que toda potencia transformadora que la acción política de los trabajadores pueda tener – tanto su acción reproductiva como la superadora del capital – debe ser una determinación inmanente engendrada por el movimiento enajenado del capital como sujeto, y no una determinación externa a éste.

⁹ Desarrollos históricos recientes de la producción con máquinas han confirmado la tendencia general identificada por Marx: la degradación de los atributos productivos particulares desarrollados en el puesto, acompañada por la expansión de los requerimientos de educación formal para producir sus dimensiones más *universales*. Esta última es el prerrequisito necesario del conocimiento más general y abstracto que pone en movimiento el operador contemporáneo de tecnologías basadas en la computación, en contraste con el maquinista “fordista” (al “controlar” que una tarea sea automáticamente realizada de manera correcta más que “hacerla” efectivamente). Ver Balconi, 2002.

¹⁰ Véase Kicillof y Starosta, 2007; Iñigo Carrera, 2008: 81-2; y Müller y Neusüss, 1975.

las potencias necesarias para la “supremacía política” de los trabajadores como clase (Marx, 1999a: 594).

Ahora bien, inmediatamente surge la pregunta de cuáles son las determinaciones más concretas detrás de esta inevitabilidad de la conquista del poder político por los proletarios. Lamentablemente, Marx no da respuesta en estas páginas. De hecho, podría argumentarse que no podría haber dado respuesta alguna. El desenvolvimiento de la “dictadura del proletariado” como forma social concreta involucra más mediaciones y, en consecuencia, no se encuentra portada por la forma social que enfrentamos bajo la forma de una *potencialidad inmediata* a ser realizada mediante la acción política de los trabajadores como clase.¹¹

Así, a esta altura de la presentación dialéctica, tanto esta última afirmación como la discutida más arriba acerca del individuo plenamente desarrollado como bases de la abolición del capital, no pueden ser sino observaciones inmediatas, externas a las determinaciones concretas de la subjetividad productiva de la gran industria que tenemos delante. Por otra parte, en cuanto esta última *involucra cierto grado* de universalidad como expresión limitada, aunque real, de la tendencia subyacente a la producción de su forma plenamente desarrollada, las reflexiones de Marx, si bien exteriores, resultan indudablemente pertinentes. Desde el punto de vista metodológico, entonces, podía introducir legítimamente esas observaciones para anticipar la dirección que el despliegue ulterior que tomaría esta contradicción históricamente específica del modo de producción capitalista – “el único camino histórico que lleva a la disolución y transformación de la misma” (Marx, 1999: 594). Pero en tanto explicación completa, apropiada, de las determinaciones que subyacen a la conquista proletaria del poder político o, por sobre todo, a la producción revolucionaria de la asociación libre de los individuos, la presentación desarrollada hasta este punto es definitivamente insuficiente.

¹¹ Para que lo estuviera, se requeriría de la exposición de la tendencia a la concentración y centralización del capital como expresiones enajenadas de la socialización del trabajo en el modo de producción capitalista, cuyo límite absoluto se alcanza cuando el capital total de la sociedad existe inmediatamente como un único capital. Ver Marx, 1998: 780.

Esto, por sí mismo, no debería resultar problemático. Desde la perspectiva de la investigación dialéctica como tal, este punto de nuestra lectura crítica de la búsqueda hecha por Marx acerca de las determinaciones de la subjetividad revolucionaria no constituye en absoluto un callejón sin salida. Sólo implica que nuestra travesía desde lo abstracto a lo concreto necesita seguir avanzando, dado que el punto de llegada – la subjetividad revolucionaria – aún se encuentra más adelante. En este sentido, no nos enfrentamos con una anomalía. Sin embargo, la cuestión es muy distinta si se la mira desde el punto de vista de cuáles de los elementos necesarios para hacer una investigación de ese tipo se hayan ya objetivados en *El Capital* de Marx. Al respecto, el problema que enfrenta el lector contemporáneo de *El Capital* que intenta descubrir tales determinaciones es que, para decirlo brevemente, *no están allí*. Extendámonos sobre este punto.

Hemos visto cómo Marx, al enfrentarse con la universalidad tendencial del trabajador de la gran industria y con la creciente regulación conciente del trabajo social que ésta conlleva, reflexiona *extrínsecamente* acerca de la forma material específica de la subjetividad productiva que se requiere para “crear una nueva sociedad” sobre una base realmente libre. Por otra parte, hemos subrayado la pertinencia metodológica de una reflexión tal, dado que – como establecía el pasaje de los *Grundrisse* sobre el “trabajo realmente libre” citado más arriba – el trabajador de la gran industria tiene entre sus determinaciones el ser portador de atributos productivos universales, esto es, el ser capaz de realizar una “producción material de carácter general”. Ningún problema hasta aquí. Pero, como el lector recordará, el atributo de universalidad no agotaba las determinaciones de la forma de subjetividad *productiva* portadora de la potencialidad inmediata de “trabajar de manera realmente libre” (la cual, como he argumentado, debería brindarle base material a la subjetividad *política* revolucionaria). En primer lugar, dicha subjetividad también conllevaba un proceso de producción material cuyo carácter social general estaba afirmado de manera inmediata. Esta condición también se encuentra presente – al menos como tendencia – en la subjetividad productiva propia de la gran industria tal como ésta se

encuentra presentada en *El Capital*.¹² Las potencias productivas científicas necesarias para regular las fuerzas naturales, que están presupuestas por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria, no constituyen un atributo que el capital ponga en manos (o, mejor dicho, en las cabezas) de los trabajadores directos. Puesto sintéticamente, en la figura de asalariado portador de lo que, siguiendo a Iñigo Carrera,¹³ llamo una *subjetividad productiva* absolutamente *degradada*, la conciencia científica y la universalidad no van de la mano, sino que se oponen la una a la otra. En otras palabras, no es esta subjetividad productiva degradada la que, simplemente como tal, porta en su inmediatez las potencias revolucionarias históricas que Marx mismo consideraba necesarias para hacer que el capital “vuele por los aires”. Lo que es más, la exposición de Marx tampoco ha demostrado que el movimiento mismo de la relación social general enajenada presente – la acumulación del capital – conduzca a la necesidad social de transformar, bajo la forma de una revolución, la subjetividad productiva de esos trabajadores en la dirección de su reapropiación de las potencias del conocimiento científico desarrollado bajo esta forma enajenada.

Sin embargo, pese a esta insuficiencia a la hora de dar cuenta de la génesis material del sujeto revolucionario, aquí se detiene la exposición de Marx en *El Capital* acerca de las determinaciones de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del producto del trabajo.¹⁴

¹² En el capítulo sobre “Maquinaria y gran industria”, la tendencia a la expansión del alcance de la regulación conciente del carácter social del trabajo coexiste con una tendencia opuesta a la multiplicación del número de ramificaciones privadas de la división social del trabajo, que es también producto del movimiento de esta forma de la producción de plusvalía relativa. Véase Marx, 1999: 541. Pero no se invoca razón alguna para que prevalezca una u otra tendencia. Esto sólo ocurre más adelante en la presentación de Marx, cuando despliega las determinaciones de la “Ley general de la acumulación capitalista”. Allí, las tendencias a la concentración y la centralización del capital muestran cómo la primera de las tendencias arriba mencionadas se impone, finalmente, sobre la segunda.

¹³ Iñigo Carrera, 2008.

¹⁴ Esta afirmación requiere de una salvedad, en la medida en que la creación de una superpoblación relativa a las necesidades del proceso de acumulación también constituye una transformación de la subjetividad productiva producida por el desarrollo de la gran industria. Más concretamente, constituye el caso

En el resto del Tomo I (y en los dos tomos restantes), Marx no sigue avanzando de manera sistemática en el despliegue de las determinaciones materiales y sociales del sujeto revolucionario. A partir del punto de la presentación alcanzado, y tras haberse movido hacia la exterioridad de las determinaciones internas de la producción de plusvalía relativa y hacia su reproducción, la acumulación y la ley general que gobierna el movimiento de ésta, se limita a dar un salto gigantesco hasta la conclusión contenida en el capítulo referido a “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”, en que Marx ofrece el siguiente recuento famoso de las determinaciones que llevan a la abolición del modo de producción capitalista.

Paralelamente a esta concentración, o a *la expropiación de muchos capitalistas por pocos*, se desarrollan en escala cada vez más amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva planificada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo que sólo son utilizables colectivamente, la economización de todos los medios de producción gracias a su uso como medios de producción colectivos del trabajo social, combinado. Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastocamiento, se acrecienta la masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación, pero se acrecienta también la rebeldía de la clase obrera, una clase cuyo número aumenta de manera constante y que es disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo del proceso capitalista de producción. El *monopolio ejercido por el capital se convierte en traba del modo de producción* que ha florecido con él y bajo él. La concentración de los medios de producción y la

extremo de la mutilación material de los atributos productivos de la clase obrera; esto es, ya no simplemente su degradación sino, lisa y llanamente, la ausencia de su reproducción.

socialización del trabajo alcanzan un punto en que son incompatibles con su corteza capitalista. Se la hace saltar. *Suena la hora postrera de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados* (Marx, 1998: 951).

Dejando de lado la cuestión de la engañosa confusión de dos “momentos” *cualitativamente diferentes* (y, por tanto, analíticamente separables) de la acción revolucionaria de la clase obrera contenida en este pasaje – explícitamente, la expropiación de la burguesía y la abolición del capital – queda el problema de si las determinaciones desarrolladas por Marx en capítulos previos alcanzan para justificar la transición a esta explicación excesivamente simplista y demasiado general de la manera en que “se hace saltar a la corteza capitalista”.¹⁵ Sin duda, la tendencia a la centralización del capital discutida en el

¹⁵ Cualesquiera sean las ambigüedades presentes en la formulación de Marx en el citado pasaje del acápite sobre la “Tendencia Histórica de la Acumulación Capitalista”, hasta la más superficial lectura de sus llamados “escritos políticos” evidencia que tenía muy en claro la “unidad en la diferencia” entre la expropiación de la burguesía y la abolición del capital. Para empezar, esto se encuentra sintetizado en el programa político de la clase obrera a ser implementado mediante la “conquista del poder político”, contenido en *El Manifiesto Comunista*, cuyo contenido económico *inmediato* consiste en la centralización absoluta del capital bajo la forma de propiedad estatal (con la consiguiente abolición de la burguesía) y a la universalización de las condiciones de reproducción de la clase trabajadora, pero no involucra, en cambio, la abolición del modo de producción capitalista. Véase Marx y Engels, 1985: 48-9. Como es competentemente mostrado por Chattopadhyay, 1992: 92-3, para Marx, la conquista revolucionaria del poder político junto con la expropiación de la burguesía eran las *formas necesarias* de *comenzar* el proceso de transformación del modo de producción capitalista en la asociación libre de los individuos. Pero, a diferencia de la concepción que puede hallarse en Lenin y en el marxismo ortodoxo en general, Marx era muy claro con respecto a que el dominio político de la clase obrera “no implica en sí mismo la apropiación colectiva por parte de la sociedad” (Chattopadhyay, 1992: 93). La “dictadura del proletariado” era, para Marx, un período *dentro del modo de producción capitalista* – por lo tanto, no era una *sociedad no capitalista de transición* – en la cual el capital debía ser enteramente revolucionado en cada rincón y cada grieta hasta haber preparado completamente a los asalariados para su auto-emancipación – es decir, para su auto-abolición como clase obrera (id.).

capítulo sobre la “Ley General de la Acumulación Capitalista” brinda una exposición de la necesidad que subyace a la progresiva socialización del trabajo como un atributo de la forma capitalista del trabajo privado. Pero tal desarrollo se detiene abruptamente en la exterioridad de la *determinación cuantitativa* del alcance del trabajo social conscientemente organizado sin decir palabra alguna acerca de las *transformaciones cualitativas* de la subjetividad productiva del trabajador colectivo presupuestas por una extensión semejante de la escala del primero. Visto desde esta perspectiva, pienso que la transición a la subjetividad revolucionaria contenida en el pasaje se encuentra, definitivamente, insuficientemente mediada. ¿Cómo es que esos trabajadores, cuya subjetividad productiva ha sido vaciada de prácticamente todo contenido, han de organizar la asignación de la capacidad total de trabajo de la sociedad bajo la forma de una potencia colectiva auto-conciente (siendo, esto último, de lo que se trata, en definitiva, la abolición del capital)? La creciente “masa de la miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración, de la explotación” ciertamente confronta a esos trabajadores con manifestaciones *inmediatas* particularmente extremas del modo enajenado de existencia de su ser social. En consecuencia, podría llevarlos a reforzar su resistencia colectiva a la explotación capitalista mediante el fortalecimiento de sus relaciones de solidaridad en la lucha en torno al valor de la fuerza de trabajo. Por sí mismas, sin embargo, esas expresiones de la enajenación capitalista no tienen manera de transformar a la lucha de clases de una forma de la reproducción de esa enajenación en la forma de la superación plenamente conciente de la misma. Desde una perspectiva materialista, la cuestión no se reduce a la voluntad de transformar radicalmente el mundo, sino de la existencia objetiva de las potencias materiales para hacerlo. Como lo pone Marx en *La Sagrada Familia*, se trata de una “urgencia absolutamente imperiosa” determinada como la “expresión práctica de la *necesidad*” (Marx y Engels, 1978: 36, traducción modificada). La emergencia de la necesidad social subyacente a la constitución histórica de esas potencias transformadoras involucra, todavía, la mediación de más revoluciones en la materialidad de la subjetividad productiva de los trabajadores.

En este sentido, acordamos en general con aquéllos que sostienen que *El Capital* de Marx es *incompleto*. Sin embargo, esto, no en el

sentido de que la dialéctica del capital necesita ser complementada con la de la lucha de clases (Shortall, 1994), o con la economía política del trabajo asalariado (Lebowitz, 2003), como si estos aspectos no fueran momentos internos de aquella misma primera dialéctica. Más bien, pensamos que es la propia “dialéctica del capital” y, más concretamente, el movimiento contradictorio de la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de maquinaria, la que requiere ser completada. Sin esta exploración ulterior del desarrollo de la subjetividad productiva humana como atributo enajenado del capital social, necesariamente quedará sin saldarse la brecha entre la “dialéctica del trabajo humano” desplegada en los capítulos de *El Capital* relevantes a este punto y las conclusiones revolucionarias volcadas sobre el final del Tomo I.

En la sección siguiente, examinaré la presentación hecha por Marx de las determinaciones del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*. Pese a que el despliegue *sistemático* completo de las determinaciones faltantes tampoco se encuentra allí, de dicho texto pueden extraerse los *elementos* principales para tal investigación ulterior.

3. Los Grundrisse y el sistema de maquinaria: en busca del eslabón perdido en las determinaciones de la subjetividad revolucionaria

Como vía de entrada al abordaje del sistema de maquinaria hecho por Marx en los *Grundrisse*, volvamos un momento a nuestro examen de las determinaciones de la gran industria tal como éstas son presentadas en *El Capital*. Más concretamente, volvamos a la relación entre la ciencia y el proceso de producción. Pese a que aquella forma de producción de plusvalía relativa implicaba la aplicación general de la ciencia como fuerza productiva, esta última no constituía un atributo portado materialmente por los trabajadores involucrados en el trabajo directo en el proceso de producción inmediato. Para ellos dicho conocimiento científico tomó la forma de un poder ajeno ya objetivado en la máquina. Marx hace notar esto también en los *Grundrisse* (Marx, 1989b: 226-7).

Sin embargo, como lo expone Marx en los *Resultados del Proceso Inmediato de Producción*, esas potencias científicas son, en última instancia, ellas mismas productos del trabajo (Marx, 1997b: 97). Así, pese a que el sujeto *formal* de esas potencias – como sucede con todas las potencias que brotan de la organización directa de la cooperación

humana – sigue siendo el capital, inmediatamente surge la cuestión de quién es el sujeto *material* cuyo trabajo *intelectual* (enajenado) desarrolla las capacidades científicas de la especie humana y organiza su aplicación práctica en el proceso de producción inmediato. Habiendo descartado a los trabajadores manuales como tal sujeto productivo, parece como si la única alternativa fuera volver la mirada hacia el único personaje restante en el proceso de producción directa; en una palabra, hacia el capitalista. ¿Es él quien personifica, mediante el desarrollo de su conciencia productiva y su voluntad, la necesidad que tiene el capital por controlar científicamente las potencias del movimiento de las fuerzas naturales? La respuesta la da Marx en una nota al pie del capítulo “Maquinaria y Gran Industria” de *El Capital*:

La ciencia no le cuesta absolutamente "nada" al capitalista, lo que en modo alguno le impide explotarla. La ciencia "ajena" es incorporada al capital, al igual que el trabajo ajeno. Pero la apropiación "capitalista" y la apropiación "personal", ya sea de la ciencia, ya de la riqueza material, son cosas absolutamente distintas. El propio doctor Ure deploraba la crasa ignorancia de que adolecían, con respecto a la mecánica, sus queridos fabricantes explotadores de máquinas, y Liebig ha podido hablarnos de la horripilante incultura de los empresarios ingleses de la industria química en lo que a química se refiere (Marx, 1999: 470).

Así, no es el capitalista quien personifica las potencias intelectuales para desarrollar el conocimiento científico presupuesto por su existencia objetivada en un sistema de maquinaria. La ciencia incorporada en el proceso de producción inmediato es resultado de la apropiación del producto del trabajo intelectual de un “otro”. Este “otro”, cuya actividad productiva es portada por el proceso de producción directa de la gran industria como mediación necesaria, no está presente explícitamente en la exposición de Marx en *El Capital*. Podría haber dos razones para tal exclusión. En primer lugar, que en tiempos de Marx un sujeto social de ese tipo estaba sólo comenzando a desarrollarse. En segundo lugar, y como derivación del primer punto, porque la presentación de Marx en *El Capital* se restringe a las transformaciones sufridas por la subjetividad

productiva de los trabajadores del proceso de producción directa. Sin embargo, lo que toda su discusión sugiere implícitamente es que entre las transformaciones que la gran industria provoca se encuentra la extensión de la unidad material que su proceso de trabajo total comprende hacia fuera de los límites de “los muros de la fábrica”.¹⁶ En consecuencia, el proceso de producción directa se convierte en apenas un aspecto de un proceso de trabajo más amplio, que ahora implica dos momentos adicionales: el desarrollo de la potencia para regular conscientemente y de manera universal y objetiva los movimientos de las fuerzas naturales – en una palabra, la ciencia – y la aplicación de esta capacidad en la organización práctica del sistema automático de maquinaria y lo que reste de trabajo directo – la aplicación tecnológica de la ciencia, incluida la conciencia de la unidad de la cooperación productiva. Por cierto, estos otros momentos están también presentes en *El Capital* (Marx, 1999: 516). Sin embargo, la presentación que Marx hace allí parece girar en torno al énfasis sobre su modo de existencia separado con respecto a la subjetividad de los trabajadores directos y a que se hallan presupuestos por la actividad de éstos. En contraste, en los *Grundrisse* oscila entre ese ángulo de la cuestión (Marx, 1989b: 218-20) y otro que trae a un primer plano la unidad material subyacente de la actividad total del trabajo vivo, donde el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones tecnológicas actúan como momentos constitutivos esenciales.¹⁷ Con el sistema de maquinaria,

¹⁶ En este análisis de las determinaciones ulteriores del proceso de producción de la gran industria, sigo el abordaje desarrollado en Iñigo Carrera, 2008: 1-37.

¹⁷ Dunayevskaya, 1989: 80-6, hace notar correctamente la diferencia de presentación entre el abordaje del sistema de maquinaria en los *Grundrisse* – donde se consideran las potencialidades emancipadoras del sistema de maquinaria – y en *El Capital* – donde se enfatiza su determinación como expresión materializada del dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Sin embargo, la autora atribuye esto erróneamente a un cambio en la visión de Marx al respecto, en vez de explicarlo por la consideración de potencialidades *cualitativamente diferentes*, engendradas por el propio desarrollo del sistema de maquinaria y personificadas por los diferentes órganos parciales del trabajador colectivo.

...el proceso entero de producción, empero, no aparece como subsumido bajo la habilidad directa del obrero, sino como aplicación tecnológica de la ciencia. Darle a la producción un carácter científico es, por ende, la tendencia del capital, y se reduce el trabajo a mero momento de ese proceso (Marx, 1989b: 221).

Las determinaciones presupuestas por la producción de plusvalía relativa suponen la especificación de los propietarios de mercancías en capitalistas y trabajadores asalariados. Habiendo descartado a los primeros como el sujeto material del trabajo científico, resulta evidente que sólo aquéllos determinados como individuos doblemente libres pueden personificar el desarrollo de este momento del proceso de producción propio de la gran industria. Así, pese a no haber sido explícitamente referido por Marx, el beneficio de la perspectiva histórica nos permite reconocer muy fácilmente cómo es que el capital social lidia con su necesidad constante de desarrollar las potencias productivas de la ciencia; esto es, engendrando un órgano parcial especial del trabajador colectivo cuya función es avanzar en el control consciente del movimiento de las fuerzas naturales y en su objetivación bajo la forma de sistemas de maquinaria automáticos crecientemente complejos. Mientras que el sistema de maquinaria conlleva la descalificación progresiva de los trabajadores que realizan lo que queda de trabajo directo – al punto de vaciar su trabajo de todo contenido distinto de la repetición mecánica de tareas extremadamente simples – también conlleva la *expansión* tendencial de la subjetividad productiva de los miembros del órgano intelectual del trabajador colectivo. El capital requiere formas de trabajo cada vez más *complejas* de parte de estos trabajadores.¹⁸ Estos también son “efectos inmediatos de la producción mecánica sobre el obrero”, en

¹⁸ La llamada “tesis de la descalificación”, formulada en la obra precursora de Braverman (1998), obviamente constituye una reducción unilateral a sólo uno de los momentos de este movimiento *doble* de degradación / expansión de la subjetividad productiva del trabajador colectivo requerido por el sistema de maquinaria. Véase Iñigo Carrera, 2008: 32. Una de las razones inmediatas de la unilateralidad de dicho abordaje reside, como señala Tony Smith, en su muy restringida definición de “calificación”, referida en gran medida a las calificaciones propias de la *manufactura*. Véase Smith, 2000: 39.

igual medida que aquellos discutidos en *El Capital*. Huelga decir que, en la medida en que esta subjetividad productiva expandida no es más que una forma concreta de la producción de plusvalía relativa, el ejercicio de las recién desarrolladas potencias productivas intelectuales también se encuentra invertido como un modo de existencia del capital en su movimiento de auto-valorización.¹⁹

Bajo esta forma enajenada el capital produce, de este modo, una transformación material cuya significancia fundamental excede la producción de asalariados que simplemente portan diferentes atributos productivos. Lo que está en juego aquí es, en primerísimo lugar, una transformación radical sustancial de la naturaleza misma del trabajo humano (Iñigo Carrera, 2008: 11). Éste progresivamente deja de consistir en la aplicación directa de fuerza de trabajo sobre el objeto de trabajo con el objeto de cambiar su forma. Ahora, se convierte crecientemente en una actividad dirigida al control consciente de los movimientos de las fuerzas naturales de modo de hacer que éstas actúen automáticamente sobre el objeto de trabajo y, de esta manera, efectúen el cambio de su forma. De acuerdo con la exposición de Marx del sistema de maquinaria en los *Grundrisse*, es en el despliegue histórico contradictorio de esta transformación material específica de la subjetividad productiva humana que reside la clave del límite absoluto del capital.

En la misma medida en que el tiempo de trabajo -el mero cuanto de trabajo- es puesto por el capital como único elemento determinante, desaparecen el trabajo inmediato y

¹⁹ Esto es, las potencias productivas de la ciencia toman una forma enajenada no sólo frente a los trabajadores manuales, que las enfrentan ya objetivadas en el sistema de maquinaria. Los trabajadores intelectuales también confrontan el desarrollo de la ciencia que ellos mismos personifican como una potencia ajena portada por el producto de su trabajo social. Lo que es más, la naturaleza enajenada de este desarrollo del trabajo intelectual se expresa incluso en su forma científica general, esto es, en su método. En su determinación como forma de la reproducción del capital, el conocimiento científico está llamado a representar las formas naturales y sociales como entidades auto-subsistentes o afirmaciones inmediatas, y sus relaciones como inevitablemente exteriores. Véase Iñigo Carrera, 1992 y 2008; Starosta, 2003.

su cantidad como principio determinante de la producción - de la creación de valores de uso-; en la misma medida, el trabajo inmediato se ve reducido cuantitativamente a una proporción más exigua, y cualitativamente a un momento sin duda imprescindible, pero subalterno frente al trabajo científico general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales por un lado, y por otro frente a la fuerza productiva general resultante de la estructuración social de la producción global, fuerza productiva que aparece como don natural del trabajo social (aunque [sea, en realidad, un] producto histórico). El capital trabaja, así, en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción (Marx, 1989b: 222).

Para ponerlo en pocas palabras, el tema aquí es la vieja cuestión acerca de la relación entre trabajo intelectual y trabajo manual. Más concretamente, el punto fundamental a asir es la forma específicamente capitalista en la cual se afirma el movimiento antitético de esos dos momentos del trabajo vivo con el desarrollo del sistema de maquinaria. El aspecto revolucionario de esta transformación del trabajo vivo históricamente específica de la sociedad capitalista es que, tanto la escala y la complejidad de la escala del proceso de producción como, en particular, el carácter crecientemente científico de su organización, vuelven impotente a la subjetividad del capitalista (el no trabajador) para personificar el trabajo directamente social que se realiza bajo el dominio de su capital. Esto significa, en otras palabras, que el desarrollo de las potencias del trabajo intelectual y su ejercicio se convierte en un atributo de las “clases laboriosas”.²⁰

²⁰ Acerca de la superfluidad del capitalista, véase especialmente los concisos comentarios de Marx en el tercer tomo de las *Teorías de la Plusvalía* (Marx, 1989c: 279). La complejidad y la escala de la cooperación del trabajador colectivo de la gran industria hacen que las capacidades subjetivas del capitalista resulten impotentes para personificar, en nombre de su capital, inclusive el trabajo improductivo de dirección de los órganos productivos del primero. Todas las funciones de supervisión, coerción y administración pasan a ser personificadas por un órgano parcial del trabajador colectivo. Véase Marx, 1999a: 517; 1999b: 494-5. El carácter parasitario del capitalista, aunque no aún

La subjetividad productiva científicamente expandida del trabajo intelectual es, por su propio carácter, crecientemente universal. El ejercicio de esta forma de trabajo humano apunta a la expansión del control consciente sobre la *totalidad* de las fuerzas de la naturaleza. Lo que es más, esta subordinación de las últimas a las potencias del trabajo vivo supone la comprensión de sus determinaciones *generales* para, a partir de allí, desarrollar sus aplicaciones tecnológicas *particulares* como sistemas de maquinaria en permanente evolución.

Con la constitución y el permanente revolucionar de este órgano del trabajador colectivo, el capital engendra así otra tendencia a la producción de trabajadores portadores de una subjetividad productiva universal. Sin embargo, esta universalidad ya no es la universalidad vacía derivada de la absoluta falta de capacidades productivas individuales a la que se encuentran condenados los trabajadores directos. Desarrollada en su plenitud, se convierte en la rica universalidad concreta de los órganos de un sujeto colectivo que cada vez más se torna capaz de organizar científicamente el proceso de producción de cualquier sistema automático de maquinaria y, en consecuencia, cualquier forma de cooperación social sobre la base de la gran industria. A medida que se expande la subjetividad productiva de los trabajadores, progresivamente deja de tratarse de que la individualidad del trabajador se desvanece “como cosa accesoría e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social que están corporificados en el sistema fundado en las máquinas” (Marx, 1999a: 516). Ya que ésta es el producto directo de la objetivación de su subjetividad productiva.

del capital, se vuelve así crecientemente concreto. Y nótese que esto expresa una necesidad enajenada de la acumulación del capital social mismo: el consumo del capitalista representa una deducción de la plusvalía potencial que podría ser destinada a su auto-expansión. Dicho sea de paso, la confusión entre el carácter parasitario del capitalista y el de la forma capital como tal subyace a la visión de Negri de las formas “posfordistas” presentes de la cooperación humana como si portaran en su inmediatez – esto es, sin la mediación de más transformaciones materiales – la potencialidad de hacer explotar la relación capital. Véase Negri, 1992: 65-8, y 1999: 156-60.

La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, *electric telegraphs*, *selfacting mules*, etc. Son éstos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital *fixe* revela hasta qué punto el conocimiento o *knowledge social general* se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del *general intellect* y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos (Marx, 1989b: 229-230).

Vimos cómo en *El Capital*, Marx centraba el foco en el “lado negativo” de los efectos de la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de maquinaria sobre las formas materiales de la subjetividad productiva de la clase obrera. La emergencia histórica de la necesidad social de la constitución de un “individuo social plenamente desarrollado” aparecía, así, como una posibilidad abstracta, cuya conexión con el desarrollo por parte del capital de una producción basada en máquinas parecía completamente exterior. A la inversa, podemos apreciar ahora cómo, en los *Grundrisse*, Marx afirma la tendencia inexorable del capital a desarrollar “todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales” (Marx, 1989b: 229) como engendrando necesariamente la transformación histórica de esa misma subjetividad universal concreta.

Más aún, y aquí en consonancia con *El Capital*, presenta a esta última como aquella cuya expansión ulterior, llegado un punto, choca con su enajenada forma social capitalista y, en consecuencia, como la forma material de la subjetividad productiva que porta como potencialidad inmediata la necesidad de la “creación de una nueva sociedad”. En consecuencia, Marx continúa

El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no-trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo (Marx, 1989b: 228-229).

Podría parecer que Marx, aquí, sustituye al trabajador manual por el trabajador intelectual como sujeto revolucionario. Sin embargo, el punto es que la clave no consiste en oponer abstractamente trabajo intelectual y trabajo manual directo de modo de privilegiar uno por sobre el otro, sino en asir las formas contradictorias en las que el capital desarrolla históricamente estos dos momentos del proceso de trabajo. Dado que la exposición de Marx en los *Grundrisse* sólo se ocupa de la tendencia *general* y, más específicamente, de su resultado histórico – esto es, del movimiento de “la sociedad burguesa en su conjunto” (Marx, 1989b: 237) – no presta mucha atención a las formas contradictorias en que la misma se afirma. Sin embargo, resulta claro que en el despliegue histórico de la tendencia a la objetivación progresiva de toda aplicación directa de la fuerza de trabajo humana sobre el objeto de trabajo como un atributo de la máquina, el capital en los hechos *reproduce y exacerba* la separación entre trabajo intelectual y manual.²¹

²¹ Una de las debilidades centrales de las teorías recientes del “trabajo inmaterial” o el “capitalismo cognitivo”, que descansan fuertemente sobre el “Fragmento sobre las máquinas”, es su lectura “etapista” de dicho texto. Véase, por ejemplo, Virno, 2007; Lazzarato, 1996; Vercellone, 2007. En otras palabras, esos autores usan los referidos pasajes de los *Grundrisse* para especificar formalmente una etapa cualitativamente distinta del desarrollo capitalista que, se dice, supera no sólo la gran industria sino también la subsunción real: la era del “intelecto general”. Lo que es aún peor, estas teorías aplican la tendencia esencial y la forma acabada descrita en los *Grundrisse* de manera no mediada – y, por lo mismo, especulativamente – a formas concretas contemporáneas de su realización que todavía representan su negación. El resultado es que pasan por alto o minimizan el movimiento contradictorio de expansión / degradación y universalización / particularización que las formas materiales presentes de la

En efecto, en la medida en que la conversión, hecha por el capital, de la pericia subjetiva del trabajador directo (tanto manual como intelectual) en una potencia objetiva de la máquina no es un evento instantáneo sino gradual, cada paso adelante en la abolición del trabajo manual efectuado mediante la revolución de las formas materiales del proceso de producción se realiza en realidad multiplicando los espacios para la explotación del trabajo vivo manual. De hecho, las propias formas tecnológicas nuevas pueden generar, como condición de su existencia, la proliferación de una multitud de procesos productivos todavía sujetos a la intervención manual del trabajador, ya sea como apéndice de la maquinaria, como órgano parcial en una división manufacturera del trabajo o, incluso, bajo la forma de “industria doméstica”. Así, hasta que las condiciones para la eliminación (prácticamente) total del trabajo manual son producidas, el trabajo directo como apéndice de la maquinaria y/o la división del trabajo propia de la manufactura tienden a ser reproducidos bajo las nuevas condiciones y con formas aún más degradadas de la subjetividad productiva y condiciones más duras de explotación capitalista.²²

subsunción real conllevan. Como hemos visto, lo que el “Fragmento sobre las máquinas” despliega no es el abstracto opuesto de las determinaciones de la subjetividad productiva de la gran industria, sino su desarrollo más concreto. El significado de ese texto sin lugar a dudas esencial es, en consecuencia, *sistemático*. Y, dicho sea de paso, también lo es el de la distinción entre las tres formas diferentes de la subsunción real presentadas en *El Capital* y aquella entre subsunción real y subsunción formal. Para una argumentación potente en contra de la lectura “etapista” de esos capítulos de *El Capital*, véase Tomba, 2007.

²² Esto es ilustrado por Marx en el acápite 8 del capítulo sobre “Maquinaria y gran industria”, en *El Capital*. Allí muestra cómo la producción de plusvalía relativa mediante el sistema de maquinaria reproduce la manufactura moderna, el artesanado y la industria doméstica. De este modo, el capital no sólo revoluciona las determinaciones de la existencia social de los trabajadores incorporados a la gran industria, sino también las de las porciones de la clase obrera que aún trabajan bajo la división manufacturera del trabajo o en la industria doméstica. Estas últimas formas del proceso de producción social persisten en su supervivencia sólo mediante la imposición de las más brutales formas de explotación de los trabajadores. Sin embargo, Marx deja en claro que la subsistencia de la manufactura y la industria doméstica es siempre provisoria, aun cuando parezca persistir por largos períodos. La tendencia general del

Con todo, sucede que esta diferenciación interna del trabajador colectivo sobre la base de las respectivas formas de subjetividad productiva es la forma concreta en que se realiza la *abolición* de tal separación en el proceso histórico. Así, mediante la mismísima exacerbación de su separación, el capital abole tendencialmente el peso cuantitativo y cualitativo del trabajo manual en el proceso de reproducción de la vida social, convirtiendo de tal modo el momento esencial del trabajo vivo en un proceso intelectual. De este modo, la transformación que el capital hace del proceso de trabajo finalmente llega a un punto en que la separación entre el trabajo intelectual y lo que ahora es un monto de trabajo manual insignificante tanto cuantitativa como cualitativamente no puede prevalecer materialmente como forma de organizarse el proceso de vida de la humanidad. El desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad sólo puede afirmarse mediante la personificación de las potencias intelectuales de la producción social por la subjetividad individual de cada órgano parcial del cuerpo productivo, a esta altura, directamente social. Más aún, esta incorporación de las potencias del “intelecto general” por cada trabajador individual debe ahora tomar la forma de conocimiento social objetivo – en una palabra, la ciencia –, en vez de constituir el producto de la experiencia productiva subjetiva inmediata del trabajador (como era el caso en la producción artesanal independiente). Como veremos más adelante, la forma necesaria en que se realiza esta transformación material es la acción política conscientemente organizada del *conjunto*

capital es al desarrollo total de la gran industria. Más aun, la discusión de Marx deja en claro que la clase obrera no debe “sentarse y esperar” hasta que se alcance el límite para la subsistencia de la manufactura – límite que está dado por la medida en que la sobreexplotación de la fuerza de trabajo compensa su productividad del trabajo relativamente baja en comparación con la de la gran industria. En la medida en que la lucha por el acortamiento de la jornada de trabajo logra imponer la implementación de éste en aquellas ramas de la producción en que la manufactura persiste, acelera el desarrollo de la gran industria al no permitir la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor y, en consecuencia, al reducir el límite capitalista a la introducción de maquinaria. Aquí tenemos un claro ejemplo de cómo la política progresiva media la política revolucionaria, al tratarse la primera de la forma concreta del desarrollo de las determinaciones materiales de la emergencia de la segunda.

de la clase obrera, más allá de sus diferencias en cuanto a la subjetividad productiva.²³

En su movimiento de autovalorización formalmente ilimitado, entonces, el capital no puede detenerse en la producción de sujetos productivos universales. Al mismo tiempo, esta revolución constante de las formas materiales de la subjetividad productiva humana sólo puede tener lugar mediante la socialización progresiva del trabajo privado, estableciendo de ese modo la extensión del alcance de la regulación consciente del trabajo directamente social como una necesidad inmediata de la producción de plusvalía relativa por el capital. Así, mediante el desarrollo de la gran industria, el capital obra, también, en pos de la emergencia de la otra pre-condición del “trabajo realmente libre”.

... en el proceso de producción de la gran industria [...] así como por un lado el sometimiento de las fuerzas naturales bajo el intelecto social está presupuesto en la fuerza productiva del medio de trabajo que se ha desarrollado hasta convertirse en proceso automático, *por el otro, el trabajo del individuo en su existencia inmediata está puesto como trabajo individual superado, esto es, como trabajo*

²³ Además, huelga decir que, aunque los trabajadores que portan una subjetividad productiva expandida expresan el *movimiento hacia* el desarrollo de una individualidad universal, lo hacen por dentro de los límites del capital como forma social enajenada. En otras palabras, no es la *realidad inmediata* de las formas materiales de su subjetividad productiva la que constituye el tipo de “individualidad rica y polifacética” discutida por Marx, 1989a: 267. En igual medida que los trabajadores con una subjetividad productiva degradada, aquéllos deben no sólo transformar “la sociedad” sino también atravesar un proceso de auto-transformación en el curso del proceso revolucionario. En consecuencia, *ambos* órganos del trabajador colectivo deben “sacarse de encima toda la vieja basura” impuesta por la determinación de la subjetividad humana como forma concreta de la reproducción de plusvalía relativa. Más concretamente, esto conlleva la *transformación* del trabajo intelectual (esto es, del modo de conocimiento o forma del método científico) y su *generalización*. Véase nota 19 más arriba.

social. De tal manera periclita la otra base de este modo de producción (Marx, 1989b: 233).

Sobre la doble base de la expansión de las potencias productivas científicas del “intelecto social” y de la determinación del trabajo humano como directamente social, el capital se mueve hacia el punto en que alcanza su límite histórico absoluto como forma social. Este límite no se alcanza cuando la acumulación de capital *deja* de desarrollar las fuerzas productivas materiales de la sociedad como, siguiendo a Trotsky (2006: 1), supone el marxismo ortodoxo.

Por el contrario, el capital choca con su límite cuando la socialización y la universalización científica mismas de las potencias del trabajo humano mediante la producción de plusvalía relativa engendran, como su *propia necesidad inmanente*, el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad bajo una forma material particular, explícitamente: la organización plenamente consciente del trabajo social como la relación social *general* que regula la reproducción de la vida social y, en consecuencia, como un atributo portado por cada una de las subjetividades productivas singulares que conforman el trabajador colectivo. Bajo esas circunstancias, el salto adelante ulterior en el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad – dictado por la necesidad más inmediata del capital mismo, esto es, la producción de plusvalía relativa –, entra en conflicto con las relaciones capitalistas de producción. Traducido a nuestros modos de expresión, esta clásica idea marxista sólo puede significar lo siguiente: surge la necesidad social *enajenada* de que el ser humano sea producido como un sujeto productivo que es completa y objetivamente consciente de las determinaciones sociales de sus potencias y actividad individuales. Así, él ya no ve a la sociedad como una potencia ajena y hostil que lo domina. En cambio, experimenta conscientemente la materialidad de la vida social (esto es, la cooperación productiva) como la condición necesaria para el desarrollo de la plenitud de su individualidad y, por lo tanto, reconoce conscientemente la necesidad social por el gasto de su fuerza de trabajo en asociación con el resto de los productores. Sin embargo, esta forma de la subjetividad humana necesariamente choca con una forma social (el capital) que produce a los seres humanos como *individuos privados e independientes* quienes, en consecuencia, ven su

interdependencia social general y su desarrollo histórico como una potencia ajena y hostil portada por el producto del trabajo social. La determinación de las formas materiales del proceso de trabajo como portadoras de relaciones sociales objetivadas ya no puede mediar la reproducción de la vida humana. *La acumulación de capital debe, por lo tanto, llegar a su fin y dar paso a la libre asociación de los individuos.*

Empero, con la abolición del carácter *inmediato* del trabajo vivo como trabajo meramente *individual*, o sólo extrínsecamente general, con el poner de la actividad de los individuos como inmediatamente general o *social*, a los momentos objetivos de la producción se les suprime esa forma de la enajenación; con ello son puestos como propiedad, como el cuerpo social orgánico en el que los individuos se reproducen como individuos, pero como individuos sociales. Las condiciones para ser tales individuos sociales en la reproducción de su vida, en su proceso vital productivo, sólo son puestas por el proceso económico histórico mismo; tanto las condiciones objetivas como las subjetivas, que no son más que dos formas diferentes de las mismas condiciones (Marx, 1989b: 395).

Así, es la necesidad históricamente determinada de la universalidad plenamente desarrollada y socializada de la subjetividad productiva de los trabajadores, más allá de su “corteza” capitalista pero *generada como una determinación inmanente del movimiento enajenado del propio capital*, lo que se realiza bajo la forma concreta de la revolución comunista. Esto sugiere que *la consciencia política revolucionaria de la clase obrera sólo puede ser expresión concreta de su consciencia productiva.*²⁴ Lo que la acción política del proletariado que se auto-

²⁴ También sugiere que la acción revolucionaria es expresión de una subjetividad enajenada. En otras palabras, la abolición del capital no es producto de una abstractamente libre acción política auto-determinada, sino que es una acción que los trabajadores están *compelidos* a realizar como personificaciones de las leyes enajenadas del movimiento del capital mismo. Véase Iñigo Carrera, 2008. Lo que separa a la acción política superadora del capital de las formas de la lucha de clases que reproducen el capital es su determinación específica como

elimina realiza (su contenido) es, fundamentalmente, la transformación de la materialidad de las fuerzas productivas del individuo humano y, en consecuencia, de sus formas sociales de organización y desarrollo. Para ponerlo en otros términos, se trata de una mutación *material* del proceso de producción de la vida humana, que toma forma concreta mediante una transformación de sus formas *sociales*, la cual, a su vez, se expresa mediante una acción *política* consciente o, dicho explícitamente, mediante una revolución. Así, la cuestión aquí no es tratar de encontrar las ‘condiciones *objetivas*’ externas que disparan o facilitan el desarrollo de una acción política auto-determinada. En otras palabras, lo que está en juego aquí es el *contenido y la forma* de la necesidad de abolir la forma capital.

Para recapitular, ahora podemos apreciar la significancia del “Fragmento sobre las máquinas” de los *Grundrisse*. Aunque, claramente, de manera poco sistemática (después de todo, se trata apenas de manuscritos de investigación), aquella primera versión de la crítica de la economía política contiene los elementos para el despliegue sistemático de la plenitud de las determinaciones que constituyen el *contenido* inmanente de la práctica transformadora superadora del capital, algo que en *El Capital* sólo se logra parcialmente. Sin embargo, en realidad es este último texto el que despliega la necesidad de su *forma*, esto es, de la acción política consciente del conjunto de la clase obrera. Como hemos visto, mediante la discusión de las *Factory Acts* Marx despliega la determinación de la acción política de la clase obrera como mediación necesaria, bajo la forma de una acción colectiva conscientemente organizada, para la imposición de la regulación consciente *general* del trabajo social en el modo de producción capitalista; esto es, como forma concreta de la esencialmente *invertida* – y, por tanto, inconsciente –

acción colectiva que es plenamente consciente de su carácter enajenado, esto es, de estar personificando una necesidad del capital. Sin embargo, al tomar consciencia de su determinación como modo de existencia del capital, los obreros revolucionarios también descubren la tarea histórica de la que como individuos plenamente conscientes aunque enajenados deben encargarse: la superación del capital mediante la producción de la organización comunista de la vida social. La subjetividad revolucionaria, en consecuencia, se organiza como una acción política enajenada que en el curso de su propio desarrollo se libera de todo rastro de su enajenación.

organización de la vida social a través de la forma capital. Pero, aún más, hemos visto más arriba que la lucha de los asalariados como clase también era la forma necesaria en que se afirmaba la necesidad del capital social por trabajadores portadores de una subjetividad productiva crecientemente universal, resultado del movimiento de la subsunción *real* bajo la forma de la gran industria. Es cierto que en la exposición de Marx en el capítulo 13 de *El Capital* la lucha de clases no trasciende de su determinación como momento mediador de la reproducción del capital social. Esto se debe a que no despliega su contenido material inmanente – la socialización y el desarrollo universal de la subjetividad productiva humana – hasta su límite absoluto. Pero esto es precisamente lo que hace en los *Grundrisse*; esto es, no despliega allí un contenido *diferente*, sino que desarrolla una figura más compleja de ese mismo contenido. A *fortiori*, el modo concreto de realización del mismo se mantiene: la lucha de los asalariados como clase. Una lucha, sin embargo, que ya no está determinada como una forma de la reproducción del capital. Como expresión de la plenitud de su contenido, la acción política de los asalariados ahora está determinada como modo de existencia de la práctica humana que trasciende del capital. De ahí, la determinación general de la revolución comunista: el constituir la forma política asumida por la producción histórica de la subjetividad de la “rica individualidad, tan multilateral en su producción como en su consumo, y cuyo trabajo, por ende, tampoco se presenta ya como trabajo, sino como desarrollo pleno de la actividad misma” (Marx, 1989a: 267).

4. Conclusiones

Este artículo ha sostenido que, en su unidad, los *Grundrisse* y *El Capital* proveen los elementos para la exposición científica de las determinaciones que llevan a la constitución social de la clase obrera revolucionaria. Esta exposición, en realidad, debe abarcar la reproducción mediante el pensamiento de la unidad concreta de *todas* las determinaciones de la existencia social involucradas en la necesidad de la abolición del capital, empezando por su forma más simple, es decir, la mercancía. Sin embargo, por obvias razones de espacio, la discusión se centró en la forma específica del capital que porta la necesidad de su propia superación como una potencialidad inmediata. Esa forma, se ha argumentado en el artículo, descansa sobre la forma plenamente

desarrollada que asume la subsunción real del trabajo con respecto al capital: el sistema de maquinaria.

Como hemos visto, el tratamiento que Marx da a la gran industria en *El Capital* difiere de la exposición que había formulado inicialmente en los manuscritos de investigación conocidos como *Grundrisse*. Esto ha llevado a muchos académicos a ver ambas perspectivas como si fueran en cierto modo mutuamente incompatibles, tal vez inclusive como un reflejo de un cambio de perspectiva de parte de Marx, desde una temprana visión optimista de las potencialidades emancipatorias de las formas de la subsunción real hasta una visión más pesimista de las mismas como una expresión más del dominio despótico del trabajo muerto sobre el trabajo vivo. El presente artículo ha ofrecido una lectura diferente de este aspecto del desarrollo intelectual de Marx. Por más que, ciertamente, es verdad que la exposición del autor cambió entre los *Grundrisse* y *El Capital*, esta diferencia no expresa dos miradas mutuamente inconsistentes de las determinaciones de la subjetividad productiva propia de la gran industria. Más bien, cada texto se centra, en realidad, en la exposición del desarrollo de *una* de las *dos contradicciones esenciales* que caracterizan la forma más compleja de la subsunción real, cuyo desarrollo constituye la base inmanente de la subjetividad revolucionaria. En *El Capital*, la exposición se centra en la “contradicción absoluta” (Marx, 1999a: 593) entre *particularidad* y *universalidad* del desarrollo de la subjetividad productiva, llevando a Marx a enfatizar la *degradación* material de la individualidad del asalariado de la gran industria. En contraste, en los *Grundrisse*, Marx enfoca la atención en el desarrollo de la contradicción entre los momentos intelectual y manual del proceso de producción bajo el dominio del capital, lo que lo lleva a desplegar la tendencia a la *expansión* científica de la subjetividad del trabajador doblemente libre. Sin embargo, ambas contradicciones son dos lados de una misma moneda: la forma enajenada en la que los seres humanos producen la materialidad de su ser genérico a determinada altura de su desarrollo y sobre la base de presuposiciones históricas específicas.²⁵

²⁵ Esas presuposiciones históricas implican un grado de desarrollo de la individualidad productiva del ser humano que históricamente alcanzan su “forma

Los individuos no pueden dominar sus propias relaciones sociales antes de haberlas creado. Pero es también absurdo concebir ese nexo puramente material como creado naturalmente, inseparable de la naturaleza de la individualidad e inmanente a ella. El nexo es un producto de los individuos. Es un producto histórico, pertenece a una determinada fase del desarrollo de la individualidad. La ajenidad y la autonomía con que ese nexo existe frente a los individuos, demuestra solamente que éstos aún están en vías de crear las condiciones de su vida social en lugar de haberla iniciado a partir de dichas condiciones (Marx, 1989a: 89).

Como hemos visto, este desarrollo no sólo involucra la inversión *formal* entre sujeto y producto del trabajo social, sino también la mutilación *material* de la individualidad productiva de los asalariados. Sin embargo, Marx también era claro acerca de la *necesidad histórica relativa* de esas formas, si bien sólo como un *momento transitorio* en el proceso histórico mundial del desarrollo de la materialidad del “trabajo realmente libre” y, de ahí, en la producción de la necesidad de su propia superación (Marx, 1989a: 89-90).

clásica adecuada” bajo la forma de la *libertad* y la *independencia* del trabajo individual *aislado* del campesino y el artesano, esto es, sobre la base de la *disolución* de toda relación de dependencia personal. Véase Marx 1998: 951 y 1989a: 83. La especificidad material del capital, que alcanza formalmente de manera enajenada, consiste, precisamente, en la socialización del trabajo libre pero aislado. Véase Marx, 1998: 951.

Referencias

- Balconi, M. 2002. 'Tacitness, codification of technological knowledge and the organization of industry'. *Research Policy* 31 (3): 357-79.
- Bellofiore, R. 1998. 'The Concept of Labor in Marx'. *International Journal of Political Economy* 28(3): 4-34.
- Bonefeld, W. 1995. "Capital as Subject and the Existence of Labour", En W. Bonefeld, R. Gunn *et al.* (eds.), *Open Marxism. Volume 3: Emancipating Marx*. London: Pluto Press.
- Bonefeld, W., R. Gunn, y K. Psychopedis. 1992. "Introduction", in *Open Marxism. Volume 2: Theory and Practice*, edited by Werner Bonefeld, Richard Gunn and Kostas Psychopedis, London: Pluto Press.
- Braverman, H. 1998. *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*. New York: Monthly Review.
- Chattopadhyay, P. 1992. 'The Economic Content of Socialism. Marx vs. Lenin'. *Review of Radical Political Economics*. 24 (3 & 4): 90-110.
- Cleaver, H. 1992. 'The Inversion of Class Perspective in Marxian Theory: From Valorisation to Self-Valorisation', en Bonefeld, W., R. Gunn, y K. Psychopedis (eds.), *Open Marxism. Volume 2: Theory and Practice*. London: Pluto Press.
- De Angelis, M. 1995. "Beyond the Technological and Social Paradigms: A political Reading of Abstract Labour as the Substance of Value". *Capital and Class* 57: 107-34.
- Dunayevskaya, R. 1989. *Filosofía y Revolución. De Hegel a Sartre y de Marx a Mao*. Mexico: Siglo XXI.
- Iñigo Carrera, J. 1992. *El Conocimiento Dialéctico*. Buenos Aires: Centro para la Investigación como Crítica Práctica.
- Iñigo Carrera, J. 2008. *El Capital: Razón Histórica, Sujeto Revolucionario y Conciencia*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.

- Kicillof, A. y G. Starosta 2007, "Value-Form and Class Struggle. A Critique of the Autonomist Theory of Value". *Capital and Class* 92: 1-32.
- Lazzarato, M. 1996. "Immaterial Labour", en P. Virno y M. Hardt, *Radical Thought in Italy. A Potential Politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Lebowitz, M. A. 2003. *Beyond Capital. Marx's Political Economy of the Working Class* (Second Edition). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Marramao, G. 1975/6, 'Theory of Crisis and the Problem of Constitution'. *Telos* 26: 143-64.
- Marramao, G. 1982. *Lo Político y las Transformaciones. Crítica del Capitalismo e Ideologías de la Crisis entre los Años 20 y 30*. Mexico: Pasado y Presente.
- Marx, K. 1982. "Progreso técnico y desarrollo capitalista", *Cuadernos de Pasado y Presente* 93, México.
- Marx, K. 1985. *Manuscritos Economía y Filosofía*. Madrid: Alianza.
- Marx, K. 1989a. *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858. Vol. 1*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1989b. *Elementos Fundamentales para la Crítica de la Economía Política (Grundrisse) 1857-1858. Vol. 2*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1989c. "Teorías sobre la Plusvalía. Tomo 3", en *Obras Fundamentales de Carlos Marx y Federico Engels. Vol. 14*. México: FCE.
- Marx, K. 1997a. *El Capital. Tomo 3/Vol. 6*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1997b. *El Capital Libro I, Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. México: Siglo XXI.

- Marx, K. 1998. *El Capital. Tomo 1/Vol.3*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1999a, *El Capital. Tomo 1/Vol. 2*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1999b. *El Capital. Tomo 3/Vol. 7*. Traducción de Pedro Scaron. Mexico: Siglo XXI.
- Marx, K. 1994. "Economic Works 1861-64". En *Karl Marx Frederick Engels Collected Works Volume 34*. London: Lawrence and Wishart.
- Marx, K., y F. Engels. 1978. "La sagrada familia o Crítica de la crítica crítica. Contra Bruno Bauer y compañía", en *Obras de Marx y Engels. Volumen 6*. Barcelona: Crítica-Grijalbo.
- Marx, K. y F. Engels. 1985. *El Manifiesto Comunista*. Madrid: SARPE.
- Marx, K. y F. Engels. 1975. "The Holy Family", en *Karl Marx and Frederick Collected Works Volume 4*. London: Lawrence and Wishart.
- Müller, W. y Ch. Neusüss. 1975. "The Illusion of State Socialism and the Contradiction between Wage Labor and Capital". *Telos* 25: 13-90.
- Negri, A. 1992. *Fin de Siglo*. Barcelona: Paidós Iberica/I.C.E-U.A.B.
- Negri, A. 1999. "De la Transición al Poder Constituyente" in Antonio Negri and Felix Guattari, *Las Verdades Nomadas & General Intellect, Poder Constituyente, Comunismo*. Barcelona: Akal.
- Postone, M. 1996. *Time, Labor and Social Domination*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shortall, F. 1994. *The Incomplete Marx*. Aldershot: Avebury.
- Smith, T. 2000. *Technology and Capital in the Age of Lean Production. A Marxian Critique of the 'New Economy'*. Albany: SUNY Press.
- Starosta, G. 2003. 'Scientific Knowledge and Political Action: On the Antinomies of Lukács' Thought in *History and Class Consciousness*'. *Science and Society* 67 (1): 39-67.

- Starosta, G. 2004. 'Rethinking Marx's Mature Social Theory'. *Historical Materialism* 12(3): 43-52.
- Starosta, G. 2005. Science as Practical Criticism. An Investigation into Revolutionary Subjectivity in Marx's Critique of Political Economy, unpublished PhD thesis. Coventry: Department of Sociology, University of Warwick.
- Tomba, M. 2007. "Differentials of Surplus-Value in the contemporary forms of exploitation". *The Commoner* 12: 23-37.
- Trotsky, L. 2006. *El Programa de Transición [Versión Electrónica]*, Acceso: 7 Julio 2011, <http://www.marxistsfr.org/espanol/trotsky/1930s/prog-trans/index.htm>
- Vercellone, C. 2007. "From formal Subsumption to General Intellect: Elements for a Marxist Reading of the Thesis of Cognitive Capitalism". *Historical Materialism* 15(1): 13-36.
- Virno, P. 2007. "General Intellect", *Historical Materialism* 15(3): 3-8.